

EL DILUVIO

Diario republicano - Dos ediciones diarias

Información española y extranjera, Artes, Ciencias y Literatura

EDICIÓN de la TARDE

Rescripción: Barcelona, ptas. 1'50 al mes. Fuera, ptas. 3 trim. Extranjero ptas. 6 trim.

Redacción, Administración y Talleres

ANUNCIOS y SUSCRIPCIONES

Escudillers Blancs, 3 bis, bajos.

Plaza Real, 7, bajos. Teléfono 630.

No más sordos ¡El milagro hecho, todos oyen! El **ODITON RACHEL**, probado en 30 años práctica Clínica, cura a toda edad, y por crónico sea el caso, la sordera y zumbidos de oídos que privan oír. Uso fácil, sin peligro y de acción rápida al órgano auditivo, que sensibiliza y vivifica. Consultas gratis al Dr. Rachel, Mayor, 2, Madrid.—Venta: Vidal y Ribas; Segalá; Busquets; Alsina; V. Ferrer; Escrivá y en buenas boticas.

DOLOR DE CABEZA desaparece con la **Hemioranina Caldeiro** en 3 minutos. Rambla Flores, 4. Pelayo, 9, y farmacias. 3 pesetas caja.

Crónica diaria. Otro político ejemplar.

Los tiempos están mal. De la grandeza 'del pasado no queda más que la Historia, que es como si no quedara nada, porque nadie la lee. Hasta los moros, esa gente refractaria al progreso, pegada a sus tradiciones, fanáticos y rezadores sempiternos, se han modernizado.

Aquí está Muley Hafid que acaba de probarlo. Con el pretexto de salvar la tradición del Imperio y el espíritu de su raza, ame azados por el amor a todo lo extranjero que sentía el emperador, se alzó en armas contra éste y ayudado por las potencias extranjeras, se sentó en el solio que acababa de arrebatar a su hermano.

Por lo visto, su sueño dorado aun no se había realizado por completo. No gozaba, no podía gozar con tranquilidad de las dichas del sultanato y acudió otra vez a los soldados extranjeros, y así, después de ser traidor a su hermano, comenzó a serlo a su patria.

Pero esto aun era poco. Su situación no era firme, no era airosa, y, sobre todo, no era segura. Para lograrlo no vaciló un instante. Como nuestro Fernando VII, político ejemplar también, vendió su pueblo a Francia.

Y hoy está tranquilo, seguro, con los honores que ha querido se queda, con libertad de viajar por donde le plazca, un buen palacio y servidumbre en Tánger o en Rabat y... ¡a lo que estamos, tuerta! con 375,000 francos anuales, libres de polvo y paja.

Alguien ha dicho que no ha llorado, como Boabíl al abandonar su Imperio. ¡Valiente cosa le importa el Imperio, la tradición, su religión, ni la memoria de sus antepasados! Lo que quería son cuartos, y ya los tiene. Es un revolucionario a la moderna.

Por eso, sin duda, según acaban de contarnos, don Alejandro Lerroux ha encargado a París un retrato de este patricio para que adorne, en sitio preferente, su despacho.

...No hay moros y cristianos. Todos somos unos.

Cámara de Comercio.

La Cámara de Comercio de esta ciudad ha recibido de la española de Comercio en Filipinas una circular que es de gran interés para los exportadores españoles, por contener avisos de verdadera importancia para éstos.

Transcribe íntegra dicha circular la que en 23 del pasado Mayo dirigió al comercio filipino de importación la junta inspectora de alimentos y drogas de Manila, en la que se avisa que todos los artículos que deban ser exportados a Filipinas deberán, según la ley de alimentos puros y drogas, ir con etiquetas apropiadas o, de lo contrario, no se les permitirá la entrada. El privilegio que se ha venido concediendo a los importadores de poder adherir nuevas etiquetas a los artículos en aquella Aduana les será retirado, excepto en el caso de que se importe por primera vez un artículo. Se llama especialmente la atención sobre el detalle de que la etiqueta principal debe imprimirse en inglés.

Recomienda la circular de la Cámara Española en Filipinas que en caso de duda recurran los exportadores a los Consolados de los Estados Unidos en España y al Centro de Información Comercial del ministerio de Estado para conocer todos los requisitos de la expresada ley en caso de haberlos omitido el que hizo el pedido.

También indica lo conveniente que es subsanar la deficiencia que supone el envío de una o dos facturas a más de la consular requerida cuando el envío vale más de cien dólares.

Por último, aconseja acudir también al Centro de Información Comercial del ministerio de Estado cuando no se tenga la seguridad de lograr sin su concurso la traducción exacta al inglés del nombre de algún producto manufacturado, a fin de impedir el mal efecto que producen las versiones erróneas en etiquetas, anuncios, contratos, etc.

Gaceta.

En el correo de Francia llegó ayer tarde el Orpheon Toulousain, siendo recibido en la estación por varios representantes de la Atracción de Forasteros, una Comisión del Orfeo Catalá y el jefe de la guardia urbana, señor Ribé, quien puso a su disposición varios guardias.

Con el citado orfeón llegó el concejal de Toulouse, M. Victor.

Este medio día visitaron los orfeonistas el Ayuntamiento.

Seguramente a causa de la lluvia se derrumbó ayer una pared de cerca, de unos veinte metros de longitud, de una torre situada entre la carretera de Horta y la calle de Cuba.

No ocurrieron desgracias.

Se halla enfermo de alguna gravedad el concejal del Ayuntamiento de esta ciudad don Julio Marial.

Le deseamos un pronto y completo restablecimiento.

Telegramas detenidos en la oficina de Telégrafos por no encontrar a sus destinatarios:

Ripoll, Vicente Far, ronda de San Pedro, 15, 2.º, 1.º; Puigcerdá, Carlos Alcobé, Valencia, 309, 1.º

Conferencias y reuniones.

La Sociedad Unión Obrera del Arte de Imprimir celebrará reunión general extraordinaria pasado mañana en el local social, San Pablo, 83, entresuelo, a las diez y media de la mañana.

En el Centre Republicà Democràtic Federalista de Pueblo Nuevo mañana tendrá lugar una conferencia a cargo del señor Ribera y Rovira, desarrollando el tema "Federalismo ibérico".

Correspondiendo a los insistentes deseos manifestados por varios de los inscritos a la excursión colectiva a Francia, Bélgica e Inglaterra organizada por la Agrupación de Turismo y Expansión Geográfica del Fomento del Trabajo Nacional, el presidente de dicha Agrupación, don Luis Agustí, que acaba de llegar de aquellos países, dejando ultimados todos los preparativos de la excursión, ha conseguido de las Compañías ferroviarias y navieras inglesas que el viaje de regreso puedan efectuarlo los excursionistas aisladamente y durante un plazo de treinta días a contar desde el de la ida, por la vía Folkestone, Bournemouth, que es sin duda la más bella y cómoda, además de otras muchas ventajas y comodidades en provecho de los excursionistas.

El arte de vivir sin comer.

Se ha presentado en Londres un sabio persona cuyas propagandas causan verdadera sensación entre pobres y ricos. Dicho sabio se llama el doctor Octomon Zar Adusth Hanish. Es ha ontar en ciencias filosóficas y mé dico eminente. Ha fundado en Londres la Liga del Aire Puro. Sostiene que se puede vivir sin comer.

Noches pasadas dió una conferencia en una de las Sociedades científicas londinenses más importantes. Acudió a oírle una concurrencia numerosísima. Octomon dijo, entre otras cosas, lo que sigue, expresándose en un inglés muy correcto:

—La Humanidad es esclava de un prejuicio. Cree que para vivir hay que comer y nada más falso. Comiendo acortamos nuestra vida. Bebiendo la acortamos más aún. Nos afanamos luchando para conquistar el pan. Somos unos imbéciles. ¿Para qué cultivar la tierra? ¿Para qué dar muerte barbara a pacíficos animales que tienen igual derecho a la vida que nosotros? Nos horrorizamos cuando oímos una historia de caníbales. Y no caemos en la cuenta de que somos caníbales todos los humanos, porque nos alimentamos con las carnes y las grasas de unas pobrecitas bestias que son nuestras hermanas inferiores. ¡Hay que vivir! decimos cuando sacrificamos a una ternera o a un pájaro que vuela alegre por los espacios o a un triscador corderillo inocente. ¡Hay que vivir! decimos también cuando arrancamos la fruta de los árboles, causando a éstos un verdadero dolor, porque los árboles también son organismos sensibles.

No es cierto. Para vivir no es preciso alimentarse con carnes, vegetales o líquidos. Esta verdad no se ha escapado a algunos sabios. El gran químico francés Berthelot dijo que antes de un siglo habría sido descubierto el modo de fabricar unas píldoras que suprimieran el hambre y la sed. Tomando una de esas píldoras cada mañana los hombres, las mujeres y los niños no sentirán apetito ni necesidad de beber agua. Otro sabio ha dicho que quienes tengan hambre y sed se desembazaran de esas molestias haciendo pasar por sus estómagos una corriente eléctrica suavísima. Mi procedimiento es más sencillo. Yo aconsejo el empleo del aire puro. El aire, ese gran vivificador de la especie humana, basta para alimentarnos. Pero no me refiero

al de las ciudades, envenenado, donde se agitan y hierven millones de gérmenes mortíferos. Me refiero al de los campos, al de los bosques, al del mar. Me diréis que los campesinos, los selvícolas, los marineros, comen también y con apetito excelente. Es verdad, pero esto les ocurre porque no saben respirar científicamente. Es preciso acostumbrar a los órganos respiratorios a una gimnasia especialísima. Conforme se va aprendiendo se nota que se va perdiendo el apetito. Luego los alumnos que se dedican a practicar el arte de vivir sin comer que he inventado se aperceben de que transcurren sus días sin que la sed les atormenté. A los dos meses de prácticas no hacen sino una comida al día y sólo beben tres veces por semana. A los seis meses comen una vez cada tres días y beben por quincenas. Al año ni comen ni beben.

Sin embargo, se mantienen ágiles y sanos y sus cerebros, que ya no perturban las digestiones, gozan de maravillosa lucidez. Renacen a una nueva vida. Se sienten más fuertes y al mismo tiempo casi impávidos. Se espiritualizan y ven las cosas del mundo reducidas a sus verdaderas proporciones. Allí en Persia, hay constituidas varias colonias de discípulos míos. Yo he venido a Europa a propagar la buena nueva. Fundo Ligas del Aire Puro, abandonad las ciudades y refugios en las montañas en los bosques y en las playas desiertas. Yo os garantizo que seréis más felices.

Estas razones convencieron a algunos de los oyentes, que se inscribieron inmediatamente en la Liga del Aire Puro. Pero otros, escépticos, manifestaron dudas.

Uno de ellos pidió la palabra y dijo que había visto al doctor Octomon comiéndose un biftec en un restaurant céntrico. Sin turbarse el conferenciante respondió:

—Es verdad. Yo como igual que todos ustedes cuando vivo en las ciudades. El aire de éstas es venenoso. Si lo respirara científicamente, me moriría. Respiro, mientras estoy en las grandes urbes, como todo el mundo. Y necesito comer, porque privado de aire puro siento hambre. Pero cuando estoy en Persia, en las orillas del Caspio sólo me alimento de aire. Y vivo mucho mejor. Los que no estén convencidos, que se vengan conmigo a Persia. Yo les aseguro que se quedarán allí para siempre, abandonando los países donde se

4
tomo y se bebe, donde se digiere y donde los hombres viven esclavos de ese tirano insaciable llamado estómago.

Parece que algunos ciudadanos ingleses

Un curioso sanatorio en el Cáucaso.

Bajando por el pintoresco valle de Zeya encuéntrase de pronto el viajero con una de las curiosidades del Cáucaso. En efecto, allí, a una altura de casi 2,100 metros, entre el bosque y los ventisqueros, existe desde tiempo inmemorial un sanatorio popular para los enfermos del pecho y para los artríticos. Son muchísimos más, sin comparación, los primeros; a veces, febricantes, se les ve acurrucados sobre los riscos, entre un cumulo de frazadas y de almohadas sucias hasta algo más allá de lo imaginable, en los parajes apenas un poco resguardados de la lluvia; otras veces, indiferentes al agua y al viento, orgullosamente envueltos en su burba, pasean de un lado a otro en grupos.

Al visitante no dejarán los guías de señalarle casos de curas maravillosas; enfermos que habían subido allí a lomo de caballo, consumidos por la fiebre, extenuados por la tos, incapaces de tenerse en pie e inutilizados para nutrirse, después de unas cuantas semanas de permanencia en el sanatorio de Legate se sentían como resucitados a una nueva vida.

Pero mientras se escucha eso la vista fija se con terror en una nube de chicleos, avispados y bullangueros, que retozan en medio de aquella población enferma, y se piensa que inconscientemente se preparan a procurar constante clientela al sanatorio.

La localidad, como lugar de curación, es

piensan irse a Persia para aprender, bajo la dirección del doctor Ootomón Zar Adustk Harish, *kalantar* en ciencias filosóficas, el arte maravilloso de alimentarse de aire puro.

famosa en toda la Osetia, y de toda la Osetia, desde el Tereck al Ouruck, afluyen todos los años los enfermos por centenares. Suben a primeros de junio y permanecen allí hasta fines de Agosto; acampan al aire libre, sin importarle la intemperie, y los primeros en acudir consideran una gran fortuna el poderse alojarse en una *lagate* (gruta), en tanto que los demás se construyen unas cabañas primitivas con el ramaje que abundantemente les brinda el cercano bosque.

Es grande allí el consumo de carneros, huevos y pollos, y con gran devoción y confianza y con el propósito de medicarse traen a sus estómagos botellas y botellas de *kefir* y de leche de cabra, en las que previamente han hecho disolverse pedazos de hielo tomados en el vecino ventisquero. El tratamiento se completa con prácticas hidroáticas, para las cuales se sirven de las heladas aguas del Zeya.

No hay allí, pues, como se ve, artificio alguno, y ni siquiera se lleva estadística de ninguna clase que compruebe el éxito de las curaciones. Allí impera, única y eterna sobeana, *vis medicatrix natura*.

Es casi seguro que los enfermos comenzaron a acudir a este paraje llevados por las supersticiones, de las que se hizo centro el celebradísimo sanatorio de Rekom, al que afluyen en otros tiempos peregrinos de todo el país, en gran número, y hoy ya convertido en lamentable ruina.

El profesor Trillat hizo muchos experimentos bajo diferentes presiones y observó que cuando más bajo está el barómetro más rápida es su descomposición.

¿Por qué se agria la leche durante las tormentas?

Muchas veces se observa que algunos alimentos como la leche, la carne y el caldo se echan a perder cuando hay tormenta. Esto se atribuye generalmente al hecho de que la electricidad produce una extraordinaria cantidad de ozono en el aire; pero los experimentos llevados a cabo hace poco por el profesor francés M. Trillat no confirman esta teoría.

El profesor Trillat ha probado que bastan variaciones infinitesimales de gases de presencia para que los fermentos lácticos se desmenuen con gran rapidez. Sabido es que las

depresiones atmosféricas dejan subir a la superficie los gases que se hallan bajo tierra y en todos los objetos y por eso los olores son más perceptibles después de las tormentas. De esto se deduce, naturalmente, que las depresiones atmosféricas aceleran la descomposición, poniendo en libertad los gases que contienen la leche y otros alimentos propensos a descomponerse.

El profesor Trillat hizo muchos experimentos bajo diferentes presiones y observó que cuando más bajo está el barómetro más rápida es su descomposición.

chaba con rostro grave, los ojos húmedos, brillantes... y que cuando María lloraba le rodeaba el cuello con sus bracitos y apoyando su mejilla en la de su tía le decía con su voccecita armoniosa:

—No llores más, ya la encontraremos. Yo te ayudaré a buscarla cuando sea grande porque siempre pienso estar a tu lado.

—Sí, querida, siempre.

Había llegado el invierno y María no se decidía a dejar la quinta. El conde Luca y su esposa habían regresado a la ciudad para ordenar que se hiciesen algunas obras en el palacio de María, la cual lo había dejado a sus cuñados para que lo habitasen, reservándose ella unas cuantas habitaciones, en las que pensaba vivir con todos los recuerdos de su Paolo y de su Nina.

Nora se había quedado en el campo con su tía y ésta no deseaba más.

Se acercaba la Navidad, cuando una noche llegó inesperadamente el conde Luca. Este apareció muy serio y muy conmovido.

—Siento, querida cuñada—dijo—, privarte de una alegría; pero me veo obligado a llevarme a Nora.

María desencajó los ojos, en los cuales había una expresión de espanto.

—Pero por qué? ¿Por qué?—balbuceó.

Nora estrechaba su cuerpecito contra el de su tía y se agarraba al cuello de ésta.

—Yo quiero quedarme aquí—exclamó con energía—. No quiero irme.

—Sin embargo, es necesario, hija mía, porque ni tu madre ni yo estaríamos tranquilos.

—Pero ¿qué teméis?—prorrumpió con emoción la condesa—. Nora está siempre a mi lado.

—También la pobre Nina estaba siempre al lado de su padre, y, sin embargo, bastaron pocos minutos para que aquel demonio se apoderase de ella.

María lanzó un grito.

—¿Qué demonio?—preguntó con voz jadeante, sofocada—. Hable, Luca, se lo ruego...

Pareció que el conde hiciese un violento esfuerzo para responder con voz entrecortada:

—Yo quería callárselo, María; pero usted me obliga a decirselo todo...

Tenga ánimo porque despertará su adormecido dolor.

La infeliz condesa estaba sobre ascuas.

—Lo que ha de revelarme es quizás más horrible de lo que ya he soportado?—preguntó la infeliz estrechando a Nora contra su pecho—. Dios y esta criatura me darán fuerzas para escucharle.

—Pues bien; sépa que han visto roncar por estos alrededores a un individuo monstruoso que ya apareció otra vez—respondió con voz conmovida el conde—. Es un ser que tiene más de bestia que de hombre... y cada vez que se deja ver desaparece un niño en los alrededores...

—¡Oh! Dios mío! Dios mío!—interrumpió la condesa—. ¿Y usted cree?

que también mi pobre Nina ha sido presa de aquel monstruo?

El conde bajó la cabeza y guardó silencio.

Esto no hizo más que aumentar las sospechas de María. Está puso en el suelo a Nora y se dejó caer a los pies de su cuñado, levantando María el rostro inundado de lágrimas, contraído por el espasmo, por la desesperación.

—Sí... Usted sabe algo... y lo calla—balbuceó entre sollozos—. Pero ¿no ve que su silencio me mata?

El conde la levantó entre sus brazos llorando.

—¡Pobre María!... Usted lo ha querido... Yo había jurado guardar silencio.

—Tengo el derecho de conocerlo todo, de saberlo todo—agregó la infeliz madre—. Si usted me ocultase alguna cosa, le odiaría.

—No... no, María... es su amor lo que todos nosotros queremos; vuélvase a sentar, tómese a Nora en sus brazos... y por muy grave que sea el sacrificio a que quiere condenarme, hablaré.

—Sí... sí; dígamelo todo.

—Tía... tía querida... yo estaré contigo—prorrumpió la niña—. Ponme sobre tu corazón.

El conde se enjugó los ojos con el pañuelo.

—Pues bien, María—murmuró con voz abatida—. Se asegura que en los días en que Nina desapareció se vio rondar por estos alrededores a ese ser deforme, al que nadie ha podido nunca acercarse; se avisó a los agentes de la autoridad, pero éstos se rieron; respondieron que el miedo les turbaba la imaginación a los campesinos. Quizás yo entonces habría sido de la misma opinión; pero más tarde tuve que convencerme de que la adorada pequeruela debió ser víctima de aquel monstruo.

La condesa no resistía ya; sus miradas, fijas en el conde, reflejaban una ansiedad llevada al colmo.

—¿De qué proviene esta convicción?—preguntó.

El conde estaba palidísimo, convulsó.

—Por un objeto que me entregó una infeliz mendiga—respondió con voz apagada—, la cual lo encontró en los confines del bosque, por donde se había visto pasar a aquel ser horrible.

—¿Y dónde está ese objeto?—preguntó la condesa temblando, mientras una palidez mortal se extendía por su rostro.

El conde sacó un pequeño estorpio que llevaba oculto en el bolsillo interior del abrigo y lo entregó a su cuñada, que lo desenvainó con las manos contraídas y convulsas.

Y enseñó la lanzó un grito terrible... y se desvaneció.

Pero la infeliz no tardó en volver en sí bajo los besos y las lágrimas de Nora, y, luego de desahogarse un rato llorando, quiso ver aquel objeto, que cubrió de besos desesperados.

Era un pedacito de camisa bordada, una labor de sus manos, que Nina debía llevar puesta la noche que la robaron.

—¡Oh! ¡Era espantoso, espantoso! ¿Qué había hecho aquel monstruo del cuerpo de Nina?

—Hay que buscar en el bosque—gritó la pobre madre, galvanizada por el dolor.—Prometed una suma enorme a quien encuentre algún otro indicio y si mi Nina ha sido muerta por aquel monstruo, procuremos que se encuentre su cadáver.

—Todo lo que dice, querida cuñada, lo he hecho en unión de mi desgraciado hermano.

—¿Cómo? ¿Paolo lo sabía?

—Sí—respondió con franqueza el conde—y fué él el que me hizo jurar que nunca descubriría la verdad, temiendo el efecto que pudiera causar a usted la noticia. El bosque ha sido examinado palmo a palmo, sin resultado alguno.

—¿Y dice usted que ese sér abominable ha sido visto hoy por estos alrededores? Pues bien, ¿por qué no se le busca y se le prende para que diga lo que ha hecho de mi hija? Yo misma sería capaz de afrontarle.

—Hace varias noches que se trata de darle caza; pero hasta ahora todas las pesquisas han sido infructuosas.

—¿Y aseguran que le han visto?

—Sí; pero nadie sabe dar detalles precisos, y mi fiel criado Pietro, que se ha encargado de interrogar aquí y allá, no ha sacado nada en limpio. Unos dicen que el monstruo es un hombrecillo flacucho y negro, con ojos de fuego, que se desliza como un reptil por los zarzales y al que nadie es capaz de alcanzar; otros, por el contrario, aseguran que es grueso, deforme y que camina con pesadez; por último, algunos afirman que es de elevada estatura y que aparece y desaparece como una sombra. ¿A quién creer? Ni yo, ni el pobre Paolo, ni ninguno de los que nos rodean le ha visto... De todos modos yo temo por Nora y he aquí por qué vengo a rogarla que me permita llevarla a Turín. Mi esposa no estaría tranquila tampoco si la niña se quedase aquí.

Nora se asía al cuello de la condesa.

—Yo no quiero dejar a la tía... no, no—decía.

—¿Y quieres hacer llorar a mamá?—observó el conde.

—Que venga aquí mamá.

—A mamá le asusta el frío y en el campo hace mucho—rebatía el conde.

—Tía, ¿por qué no vienes a Turín conmigo?—preguntó Nora besando las descoloridas mejillas de la condesa.—Así no me separaría ya de ti.

María estaba conmovida, enternecida.

—Si yo me fuese, nadie pensaría en buscar a mi Nina—dijo la condesa.

—Se engaña, querida cuñada—respondió el conde—. Yo he dispuesto las cosas de modo que al primer indicio seré avisado. ¿Y quiere permanecer sola en esta casa, entristecida por una doble desgracia? Escuche el ruego de mi hija y venga con nosotros, que la queremos mucho y participaremos de su dolor.

La condesa quiso aun permanecer algunos días en Moncalieri para hablar

con Pietro y los demás encargados de las pesquisas; pero pronto se convenció de que todas las huellas de su hija se habían perdido y que su mismo marido había desechado toda esperanza y había muerto convencido de que la pobre niña fué asesinada o sepultada en algún lugar desconocido por todos.

La pobre señora se dejó, pues, conducir a Turín, dispuesta a no separarse de Nora, que era su único consuelo, en medio de sus desesperados ruegos.

La sorpresa y la emoción que sintió María al poner los pies en sus habitaciones la aproximaron más a sus cuñados y a su sobrina, a todos los cuales les estaba sumamente agradecida.

El conde Luca había hecho colocar los retratos de Paolo y de Nina, con los objetos que a éstos pertenecieron, en aquella especie de oratorio, que había de ser sagrado para la condesa. También ésta agradecía a su cuñado el haber sabido dar a las habitaciones de ella aquel carácter de tristeza que ya no debía abandonarla.

María, no obstante, quiso que las habitaciones ocupadas por Nora respirasen la frescura, la alegría de la niña. No, no quería condenar a aquella criaturita a llorar siempre, ni quería ensombrecer su juventud rodeándola de un velo de luto.

Nora la había vuelto a la vida y esta vida la dedicaría a hacer feliz a la muchacha.

Nada descuidó la condesa María para la educación de Nora, la cual tenía el don de obtener de su tía adorada todo cuanto deseaba, de ver satisfechos todos sus caprichos. Porque Nora tenía un carácter caprichoso y una voluntad tan, inexorable, como su padre, y aunque en su corazón cantaba todos los himnos de la juventud, amante de los placeres, de las diversiones, al lado de la condesa la muchacha sabía mostrarse seria, digna, tranquila; tanto, que María misma la inducía a distraerse, a salir con su madre, a que compareciese en el gran mundo al cumplir los dieciocho años.

—Yo no puedo acompañarte—la decía—; pero mi pensamiento estará siempre contigo. Me contento con que cada día pases algunas horas a mi lado; yo no podría estar sin verte.

—Ni yo tampoco, tía—respondía Nora.

Y era cierto! La bella e infeliz condesa, que, más joven que su cuñada, millonaria, había renunciado al mundo, vivía recluida en sus tristes habitaciones, ocultando las lágrimas con el pudor de las almas elevadas, no molestando a nadie con sus lamentos; de espíritu recto y de modales verdaderamente exquisitos, ejercía sobre la muchacha una verdadera fascinación, la inspiraba un profundo respeto mezclado a un sentimiento de cariño, de adoración.

Cuando estaba al lado de su tía, Nora se sentía mejor y sus besos, sus caricias, sus efusiones no eran fingidos.

María lo conocía y esto la unía más a la muchacha, aumentaba su reconocimiento.

La condesa María habría dejado la administración de su vasto patrimonio al conde Luca; pero el notario de la familia, que había querido a Paolo como a un hijo y había sido para él un verdadero amigo, la impidió que cometiese tal locura.

—Su cuñado—la dijo—es un perfecto caballero; pero, igual que su esposa, jamás ha conocido el valor del dinero; de su patrimonio no le queda ya nada y disiparía también con facilidad el de usted. No, no le aconsejo que lo haga... Se lo digo también en nombre del pobre Paolo... que nunca habría confiado a su hermano sus intereses. Su administrador actual, que fué escogido por su marido de usted, es la única persona que sabrá poner freno a las exigencias del conde Luca.

—Pero si a la postre mi fortuna ha de ser para mi cuñado, o más bien dicho, para mi sobrina—observó la condesa—, porque yo deseo hacer testamento a favor de ella.

El notario sacudió la cabeza.

—Escúcheme a mí, que amé a Paolo como a un hijo y que siento por usted un afecto paternal—dijo—. Deje las cosas como están; pase una renta a su cuñado si quiere, encárguese de todos los gastos de la condesita; pero no haga testamento ahora. Usted es aún joven y nadie sabe lo que le reserva el porvenir.

La condesa se puso palidísima.

—¿Qué me puede reservar el porvenir?—murmuró tristemente—. Yo no vivo más que de los recuerdos y todo mi mundo se concentra en Nora.

—¿Y si un día u otro apareciese su hija?

La condesa lanzó un grito.

—¿Usted espera aún?

—Sí—respondió con franqueza el notario—. Yo espero siempre; no creo en el monstruo que devora los niños y sepulta sus restos, y el corazón me dice que no moriré sin volver a ver a la hija de Paolo.

La condesa, que tenía los ojos llenos de lágrimas, cogió una mano al notario y se la besó con respeto y gratitud.

—Gracias por sus palabras y por el consuelo que me da—murmuró—; pero yo no espero ya; he visto con mis propios ojos un pedazo de la camisita que llevaba Nina la noche en que fué robada, pedazo que se encontró en el confín del bosque por donde había pasado el monstruo humano, ladrón de niños... y no dudo ya del horrible fin de mi hija.

—Hace mal, se lo repito; esa prueba a mí no me basta... y yo tengo el presentimiento de que su hija vive aún.

—¿Pero dónde está? ¿Cómo encontrarla?

—Hay más de uno encargado de buscarla. Quizás pasen algunos años antes de que la verdad sea descubierta... pero un día u otro lo será... yo tengo fe en mis presentimientos y por esto lo digo; ame mucho a su sobrina, hágala rica, rodéela de ternura; pero no hable de testamento, de renunciar a su patrimonio; podría usted un día arrepentirse. Y, sobre todo, no confíe a nadie lo que hemos hablado.

—¡Oh, no hablaré!—respondió la condesa—. Le agradezco de nuevo el consuelo que me da y me llevo conmigo una poca de aquella confianza que me había abandonado.

María asignó, pues, una espléndida pensión a sus cuñados y les cedió casi todo su palacio; pero obedeció al notario y no habló ya de testamento con Nora, aunque se supiese y dijese todos que la fortuna de la condesa sería toda para su sobrina.

La prudencia del notario le mantenía el cariño, los cuidados del conde Luca y de su esposa y acrecentaba más aún la ternura de Nora.

La condesita había tenido de niña por institutriz a una joven noble, pero arruinada, que se había encariñado con su alumna y sentía una especie de adoración por la condesa María; tanto, que acabó por quedarse al lado de ésta como señorita de compañía.

Aquella joven se llamaba Clelia. Era más bien fea que guapa, de gracioso aspecto, de modales distinguidos, buena, humilde, prudente. La condesa María la quería mucho, la consultaba siempre que se trataba de Nora y seguía sus consejos.

Clelia no era bien vista por la servidumbre del conde Luca y la de la condesa Manuela. Unicamente Pietro, el criado de confianza del conde, que se sentía atraído por ella, hablaba con frecuencia con Clelia de la condesa María, a la que también el criado admiraba.

Pietro pasaba por un tipo original; pero nadie habría osado decirlo en su presencia, porque se sabía que el conde Luca despediría inmediatamente al que infiriese la más ligera ofensa a su camarero.

Nadie comprendía cómo el conde Luca, tan violento con todos, tan despótico, tan soberbio, fuese tan humilde con su camarero y le hablase siempre con dulzura, aun hasta cuando Pietro le respondía burlescamente, con arrogancia.

También la condesa Manuela, que no se familiarizaba nunca con nadie, prodigaba a Pietro sonrisas y palabras afectuosas que él acogía como un perro rencoroso.

Unicamente entre Nora y Pietro había habido siempre hostilidad. Éste no podía sufrir a la hija de su dueño, Nora era la única que afrontaba audazmente al viejo y lo trataba con cierta insolencia a pesar de las amonestaciones de su padre.

—Yo no comprendo—decía ésta al conde—cómo puedes soportarlo y le toleras sus insolencias. Yo le habría despedido mil veces.

—Pietro tendrá sus defectos—respondía el conde Luca—; pero es sobre todo un criado fiel y devoto, cualidades que hoy es difícil encontrar. Además está enfermo, sufre del corazón y el médico mismo me ha dicho que una emoción violenta podría matarlo. Y sería una crueldad que después de tantos años de servicio, sin ningún motivo grave, le despidiese. Yo le quiero como a un hermano y deseo que todos le respeten y le traten como le trato yo, tu madre y hasta tu tía.

Nora no sabía qué responder y guardaba silencio.

Así han pasado los años y hemos llegado al día en que Nora cometió aquella imprudencia que por poco le cuesta la vida.

Y.

No había hecho más que salir de su oratorio la condesa María, cuando se le presentó Nora, que hizo ademán de arrojarle a su cuello.

Pero la condesa la contuvo con un gesto y fijando en ella sus dulces ojos, que tenían una expresión de reproche, dijo:

—No estoy contenta de ti, Nora.

Aquella voz armoniosa, que hallaba siempre eco en el alma de la muchacha; aquellas palabras, que encerraban un dolor profundo, una extraña angustia; aquella mirada severa, a la cual no estaba acostumbrada, obraron poderosamente sobre Nora.

Esta, que se puso encarnada primero y pálida después, prorrumpió en lanto y cayendo de rodillas a los pies de la condesa:

—¡Perdón, tía... ¡Perdón!—imploró.

La condesa la cogió una mano, la levantó del suelo y la estrechó tiernamente contra su corazón.

Estaba muy conmovida.

—Has comprendido, pues—la dijo—, que obraste mal, muy mal, saliendo sola en carruaje? Las excentricidades no son nunca toleradas en una muchacha, aunque sea rica, independiente, sobre todo cuando se lleva un nombre honrado y respetado... como el tuyo. El buen ejemplo, querida mía, debe venir de arriba, y si se comienza entre nosotros a prescindir de la dignidad de la altivez, del pudor, que deben ser las primeras cualidades de una noble muchacha, cómo tendremos valor para recriminar a esas desventuradas que, privadas de riquezas, de educación, de apoyo, acaban por despreciar toda conveniencia social?

Nora continuaba llorando.

—¡No lo haré más, no lo haré más, te lo prometo!—repetía.

La condesa María la sentó a su lado en el sofá y, enlazándola por la cintura, la dijo tiernamente:

—Te creo, porque no querrás darme un nuevo disgusto; lo que no comprendo es cómo tu padre y tu madre te lo han permitido.

—No les acuses, tía—agregó vivamente Nora—, que ellos nada saben; ha sido un capricho del momento; yo había desmontado en la caballeriza para llevar de la brida a Blitz, cuando se me ocurrió la idea de hacerle enganchar al coche... y precisamente porque trataron de disuadirme me empeñé más

on hacerlo. No quise que me acompañase nadie, pero mi imprudencia fué castigada.

Y temiendo que la condesa lo supiese por otros, Nora le relató lo sucedido.

Pero se arrepintió casi enseguida al ver la palidez de su tía, cuya hermosa cabeza parecía doblarse bajo el peso de la angustia y cuyos labios trémulos balbuceaban:

—¡Ah, traviesa... traviesa!... ¿Querías hacerme morir de espanto, de horror?

Nora le echó los brazos al cuello.

—Perdóname, perdóname—dijo con arranque—. Te repito y te juro que no lo haré más. No te habría dicho nada tampoco si no hubiese habido quien se apresurara a venir a darte el soplo...

No, querida mía, no acuses a nadie. Yo pregunté por ti, porque quería enseñarte una carta que debía interesarte; y la señorita Clelia, no encontrando a tu camarera le preguntó a Pietro. Y éste fué el que le dijo que habías salido sola en carruaje.

—¡Oh! A Pietro le ha faltado tiempo para acusarme—dijo la joven sonriendo amargamente.

—No lo creo—respondió la tía—. Pietro tiene un carácter sombrío y áspero; pero la señorita Clelia me ha asegurado que tiene un buen corazón. Quizás sus mismos sufrimientos le hayan vuelto irascible; sufre mucho del corazón y mi médico, que le ha visitado, dice que una emoción violenta le mataría; he aquí por qué se ha de tener indulgencia con él.

—¿Y no sería mejor—observó la joven—recluirle en el hospital?

María dirigió a Nora una mirada de doloroso reproche.

—No te parecería una injusticia que después de tantos años de servidumbre y fidelidad nos desembarazáramos así de él? En la casa de tu padre, como en la mía, los criados antiguos y fieles deben ser considerados como de la familia.

Nora no habría tenido tantos miranientos con Pietro; sin embargo, no osó contradecir a su tía. Y besándola con cariño dijo:

—Tú, como mi padre, siempre tenéis razón; yo soy la equivocada.

María sonrió y la devolvió con cariño los besos.

Tú eres una cabecita destornillada—exclamó—, pero no careces de co-razón, y esto hace que se te perdone cualquier defecto. Pero, ya que me has tranquilizado, hablemos de lo otro: Me ha enviado la marquesa Silvestri unas invitaciones para un concierto que tendrá lugar esta noche.

Nora la interrumpió con un grito de alegría.

—Oh, tía, querida—exclamó—, si tú lo aceptases y vinieses, conmigo y con mamá...

María sonrió.

—Precisamente pensaba ir. La marquesa Silvestri me escribe que el con-

cierto será dado por una joven violinista que le han recomendado, y agrega

Cómo murió Tolstoi.

Con motivo de la inauguración del Museo Tolstoiano, de Moscú, publica Julieta Adam en la revista *Der Merker* un artículo en el que se hacen minutas y conmovedoras revelaciones acerca de las causas que precedieron y aceleraron—si no causaron—la muerte de León Tolstoi.

Se sabe que desde hace muchos años se disputaban a Tolstoi su mujer y sus discípulos. Tras larga lucha, la condesa, su esposa, había logrado que su marido pasase con ella y con sus hijos los últimos días de su vida; pero los discípulos no se resignaban a este secuestro, y bastante violentamente le exigían que repartiese sus bienes y viviera como campesino entre los campesinos. Con tales y tan interminables conflictos, Tolstoi, ya enfermo de gravedad, vivía en un continuo martirio.

Quien más le atormentaba era Cestkof, su discípulo predilecto, que vigilaba celosamente el modo de vivir del apóstol, y cuando el agotado anciano tomaba alguna carne en sus comidas le refía ásperamente por traicionar sus principios vegetarianos. Cestkof se atenía siempre, como buen fanático, a la letra estricta de las doctrinas tolstoianas.

El gran escritor sentía cercano su fin, y si siempre en estos momentos se desea la paz, los diarios conflictivos le hacían anhelarla aún más. Cestkof le había determinado a hacer testamento en favor de su hija Alejandra—la única que seguía sus doctrinas—y después de esto, Tolstoi había tratado más de una vez huir y esconderse para no sufrir tantos disgustos. En estos empeños, su confidente era el doctor Makouski, discípulo suyo también, aunque no fanático, que por negar-

se a prestar el servicio militar hubo de sufrir larga prisión.

Este médico vivía siempre en Yasnaya Poliana y pensaba que el tolstoísmo y la vida doméstica podían conciliarse y lo intentó aunque en vano. Por fin, un día Tolstoi y el médico prepararon la huida a un monasterio, del que era profesora una hermana del apóstol, y, en efecto, ayudados de su criado, huyeron a caballo.

Pero inmediatamente la familia y los discípulos revolviéron el cielo con la tierra para apoderarse de Tolstoi. Este estaba verdaderamente desesperado y cada vez más enfermo. Hubo que huir otra vez, y ahora en ferrocarril.

Pero hé aquí que Tolstoi, desoyendo el parecer del médico, no quiso traicionar sus principios y tomaron billete de cuarta clase. El vagón estaba lleno; la atmósfera, viciada y pestilente, ahogaba al apóstol, y a los 150 kilómetros, su amigo el médico Makouski le hizo descender a la fuerza. Tenía entonces una fiebre de 41 grados!

El jefe de la estación de Astapore, donde se apearon, ferviente admirador de Tolstoi, aunque no discípulo, puso a disposición del enfermo, ya casi moribundo, su mejor habitación, y en ella, caído del desdichado anciano con cariño inefable el buen médico.

Ya se iniciaba una mejoría que daba lugar a la esperanza de poder seguir el viaje, cuando Cestkof olfateó cara y también la familia estaba sobre las huellas del fugitivo.

Llegó primeramente Cestkof, que se apoderó del maestro.

¡A los pocos días moría!

El apetito de los enanos.

Los enanos suelen tener un apetito excelente. Tom Pouce comía más que Chang, el gigante chino, y, por regla general, los hombres de pequeña estatura comen tanto como los que miden dos metros de talla.

Los gigantes disfrutaban de poco apetito. Una vez que Chang se alojó en un hotel de Chicago, creyó el dueño del establecimiento que el gigantesco huésped haría comidas proporcionadas a su tamaño, y le pidió por el hospedaje triple precio que a los demás huéspedes; pero luego se quedó acobardado al ver que comía casi menos que un hombre de talla normal. Pero, en cambio, había que unir tres

camas para formar una, donde cupiese el chino.

En Londres se exhibió hace años un grotesco enano del Sur de América, que se fingía salvaje y comía carne cruda ante el público, gruñendo como si no supiese hablar; pero en cuanto acababa la exhibición se iba a un restaurant, pedía una copiosa cena a la francesa, leía un periódico en español, hablaba en francés a los camareros y respondía a las preguntas de los yanquis en correcto inglés. Su apetito era enorme. Pensaba muy poco, pero comía como un elefante.

Supersticiones.

Es curioso notar la afición que se observa entre los aviadores al uso de mascotas y talismanes.

Santos Dumont tiene mucha fe en una medalla de San Benito que le regaló la condesa d'Eu.

El talismán del difunto Moissant era, como se recordará, un gato negro, y otro aviador muerto en el ejercicio de su profesión, Poi-

lot, llevaba siempre consigo un trebol de cuatro hojas.

Leon Delagrange, difunto también, tenía mucha fe en el número 13. Había nacido el 13 de Marzo y sus mejores vuelos los había realizado los días 13.

Mr. Moore Brabazon lleva siempre un crédito y Wellman tiene por mascota un gato.

El periódico más antiguo.

El presidente de la República china, Yuan Shi Kai, ha ordenado la desaparición de diario chino *King Pao*, que contaba mil quinientos años de existencia. Cuando apareció este periódico, hace siglos, fué titulado *Peking Pao* (Diario de Pekín).

Era semanal. Mucho antes de que Gutenberg inventara la imprenta, *Peking Pao* era impreso mediante caracteres de plomo y plátas. Constaba de diez hojas de seda amarilla y lo recibían regularmente los personajes más importantes del Imperio.

Los directores del *Peking Pao* dieron siempre pruebas de un gran espíritu reformador. Algunos de ellos pagaron con su vida sus audacias ideológicas.

En el siglo XII de nuestra era el escritor chino que era a la sazón director del *Peking Pao* publicó un artículo proponiendo al Gobierno enviara una misión a Occidente (Europa) con encargo de estudiar todas las cosas buenas que viera y de imaginar el modo de implantar en China toda clase de reformas útiles. El artículo produjo gran sensación en la corte y en el mandarinato.

El emperador, al leerlo, se indignó, ordenando que cortaran la cabeza enseguida al re-

volucionario director del *Peking Pao*. Así se hizo a las pocas horas. En 1800 el *Peking Pao* transformose en periódico diario y adquirió una gran importancia. Publicaba noticias oficiales y particulares, cartas literarias y filosóficas, cuentos, correspondencias extranjeras, en que los hombres del Occidente eran siempre considerados como salvajes, y los decretos del Gobierno.

En 1907 eran accionistas del *Peking Pao* Yuan Shi Kai, hoy presidente de la República, el príncipe Tsing y Tsen Tchoen Kien. El *Peking Pao* publicó un artículo denunciando a la nación las intrigas que había en la corte acerca del nombramiento de príncipe heredero.

La emperatriz viuda montó en cólera y suspendió el periódico. A los pocos días sus redactores reanudaron la publicación, transformando su título en otro más corto.

Desde entonces se titulaba *King Pao* en vez de *Peking Pao*. Yuan Shi Kai ha prohibido su publicación porque parece que sus redactores conspiraban en favor del restablecimiento del Imperio. Dicese que le será cambiado de nuevo el título y que proseguirá su existencia milenaria.

Años sonidos

En Posen vive una señora que ha cumplido ciento veinticinco años y, por lo tanto, según los censos oficiales, es la mujer más vieja del mundo. Frau Dutkiewicz (así se llama la anciana) es alta y delgada y de constitución bastante débil. Su rostro está marcado por las arrugas de veinticinco lustros, está casi ciega y sorda y tiene dolores reumáticos. Sus largas y blancas trenzas le dan un aspecto patriarcal. Actualmente vive en un asilo católico.

Su hijo, que falleció de ochenta y nueve años, era sacerdote de la Iglesia de Jesús, de

Posen, y por una extraña coincidencia murió de repente, a consecuencia de una enfermedad al corazón, hallándose celebrando misa el mismo día que su madre cumplía los ciento veinticinco años.

Recuerda perfectamente las guerras napoleónicas y el caso de Napoleón. Estos hechos sucesos de los comienzos del siglo XIX los tiene grabados en la memoria, y en cambio ha olvidado por completo muchos incidentes ocurridos en los últimos veinticinco años.

La elocuencia de un mirlo.

Ante el tribunal de policía de Marlyon, en Londres, se desarrolló una extraña querrela. Cierta cirujano había demandado a un cochero vecino suyo, denunciándolo como poseedor de un animal peligroso. Se trataba nada menos que de un mirlo.

El cochero había amestrado al pájaro tan a la perfección, que cantaba desde el amanecer hasta la noche, todo el santo día, con una garganta tan poderosa y una voz—afirmaba el cirujano—tan estridente y desentona nada que era capaz de ponerle la carne de gallina a cualquier súbdito de S. M. Británica. En su consecuencia pedía que el causante de tamaños males fuese sacrificado a su justa cólera y a la de los demás que le sufren.

Alguno de los vecinos dió la razón al cirujano; otros, sin embargo, depusieron en defensa del mirlo, afirmando que sus canciones eran deliciosas y su admirable interpretación gratuita música para todos los inquilinos de

la casa. El juez, recto, severo, hizo comparecer ante él al mirlo, el cual apenas se halló ante la justicia cautó mucho menos atemorizado que lo hubiera hecho un hombre en el terrible trance.

Del tercero de los ratas de *La gran vía* pasó a *Norma*, y después de un atrevido calderón, que entregó al éxtasis al juez melomano, entonó el aria de Violeta en *La Traviata*.

El juez, maravillado del arte extraordinario del cantor, antes de sentenciar el pleito ofreció al cochero cuatro libras esterlinas por aquel Caruso emplumado. Su propietario se negó a venderlo, aunque se le ofrecieran todos los tesoros de Golconda.

No hace falta decir que el pájaro libró la vida, que fué absuelto su dueño y que al cirujano, estupefacto, le despachó el juez de mala manera.

Servicio telegráfico y telefónico de nuestros corresponsales Madrid, extranjer.

EXTRANJERO
Servicio especial de la AGENCIA HAVAS
Liautey a París!

Tolón, 15 (22'4).

Asegúrese que el crucero *Jules Ferry* saldrá mañana para Marruecos a buscar a Liautey, que vendrá a París a dar cuenta de su misión.

A comer bacalao.—El *Jules Ferry*.

Berlín, 16 (2'30).

El kronprinz y su esposa irán muy pronto a Inglaterra para pasar algunas semanas en Escocia.

París, 16 (3'20).

Le Matin dice que el *Jules Ferry* fué enviado a Marruecos simplemente para tener allí un buque de guerra a disposición.

Noticias de Marruecos.

París, 16 (6'25).

Comunican a *Le Journal* desde Tánger que el acta de la proclamación de Muley Yusef ha sido leída en Al-ázar, Arcila y Larache.

Muley Ha'id declaró al corresponsal de *Le Matin* que no había intervenido para nada en la proclamación de Yusef.

ULTIMOS PARTES.

La «Gaceta».

Madrid, 16 Agosto (10 mañana).

La *Gaceta* publica:

Disponiendo que la corte vista cuatro días de luto por el fallecimiento de la princesa de Génova.

Decreto de Gobernación disponiendo continúen funcionando los tribunales industriales con arreglo al real decreto de 20 de Octubre de 1908.

Nombrando el tribunal para las oposiciones a las plazas de maestras auxiliares de las secciones de Letras de las Escuelas Normales de Maestras y relación de aspirantes.

El tribunal lo preside don Carlos Groizard y son vocales don Eugenio Sellés, doña Concepción Saiz, doña Guadalupe de Llano y don Ramón Larroca.

Más del incendio.

A las noticias del incendio comunicadas esta madrugada, hay que añadir que ha quedado destruido todo el edificio y que sólo han quedado los muros. Ha sido pasto de las llamas toda la maquinaria, muebles y cajas de reloj recién construídas.

El violento viento que soplabá y la falta absoluta de agua hicieron tomar incremento al incendio, que empezó en la parte baja.

Lo advirtieron unos vecinos, que avisaron al portero y al hijo del dueño, que se hallaban dentro del local.

Acooperaron a apagar el fuego la guardia civil, autoridades y todo el servicio de incendios. Se sofocó lo almente a las cuatro de la madrugada.

Las pérdidas son enormes. La fábrica estaba asegurada.

Pablo Iglesias.

Murcia.—Llegó Pablo Iglesias y dió una conferencia en el Círculo Obrero. Fué oído por bastante público.

La catástrofe de Bilbao.

Bilbao.—Pueden darse como muertos en la catástrofe de la galerna ciento quince pescadores de Bermeo y Lequeitio y ocho de El Anchove. Faltan datos de cuatro lanchas de Ondarros, de ocho hombres cada una. En total son ciento sesenta y una las víctimas.

El Club Cocherito ha ofrecido al gobernador organizar una fiesta taurina a favor de las víctimas.

La Juventud Conservadora y el diputado por Guernica, señor Gaudarías, que ha dado 15,000 pesetas, acordaron realizar algo más en favor de las víctimas.

La minoría nacionalista del Ayuntamiento de Bilbao ha presentado un escrito solicitando sesión extraordinaria el sábado para someter a la aprobación el siguiente proyecto:

Conceder 10,000 pesetas para socorrer a las víctimas.

Activar los expedientes para la pronta entrega de esos socorros.

Nombrar Comisiones de las minorías que los repartan.

El alcalde de Bermeo ha recibido un telegrama del señor Canalejas lamentando que no estén abiertas las Cortes para pedir socorros; pero dictará otras medidas.

Trece lanchas perdidas.

Oviedo.—Los alcaldes de los pueblos han contestado al gobernador diciendo que ignoran el paradero de trece lanchas por las que se les pregunta.

En Cullera entraron diez, que no son ninguna de esas trece. Trajeron las tripulaciones completas.

Bolsin mañana.

Interior, 35'22 papel; Nortes, 105'40 papel; Alicante, 99'50 dinero; Orenses, 28'35 dinero.